

Chrétien de Troyes

Perceval o el cuento del grial

UN JINETE Y SU CABALLO, NADADORES

NOTA DE LECTURA PARA NADADORES

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Notas de lectura, Nadadores,
Fecha de Publicación: 09/08/2012 y 25/02/2024
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Chrétien de Troyes: Perceval o el cuento del grial

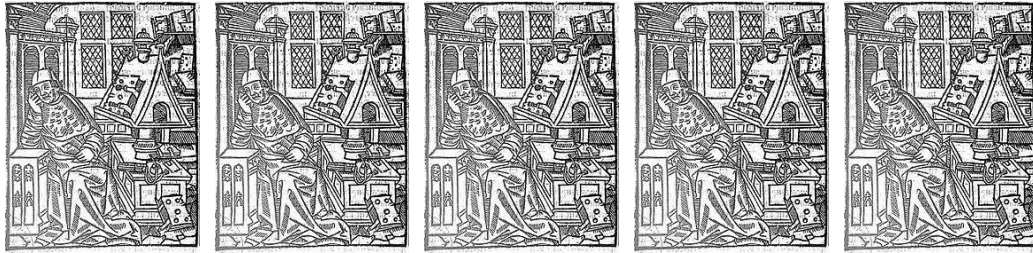
Edición y traducción de Martín de Riquer.

Madrid, 1961 (7ª edic., 1999), Espasa Calpe.



Uno de los padres indiscutibles de la literatura caballeresca medieval, de gran influencia posterior que culminaría en el *Quijote*, es Chrétien de Troyes, de la segunda mitad del siglo XII. Sus narraciones, “roman” o novela, están escritas en versos pareados de ocho sílabas, a la manera culta francesa del momento, y ponen de moda en Francia con más fuerza el legendario mundo del rey Artús de Bretaña y los caballeros de la Tabla Redonda. Chrétien de Troyes conoce bien la cultura clásica, como traductor de Ovidio, así como la *Historia regum Britanniae* de Godofredo de Monmouth; de esa síntesis cultural y literaria nace la

novela de caballería que iba a tener un gran éxito en toda la Europa cristiana hasta bien entrado el Renacimiento y el Barroco.



Troyes es la capital de la Champagne, y a la condesa María, hija del rey de Francia Luis VII y de Leonor de Aquitania, esposa de Enrique de Champagne, está dedicada una de sus novelas principales, por su influencia posterior, *El caballero de la carreta* o *Lancelot (Li chevaliers de la charrete)*. Tanto la corte de Leonor como la de su hija María fueron importantes en la difusión de este gusto caballeresco de tanta importancia posterior europea.

El cuento del grial o Perceval (Li contes del graal) es una de sus obras últimas, dedicada al conde Felipe de Flandes, que en 1190 partió para Levante como cruzado y murió en Acre al año siguiente. El protagonista principal es Perceval, un joven inexperto y buen cazador a quien su madre mantiene al margen del mundo caballeresco, pues ha perdido a sus dos hijos mayores en acciones violentas caballerescas; fascinado a la vista de unos caballeros, el joven abandona a su madre para ir a armarse caballero por el rey Artús, y su madre muere tras la despedida, lo que luego le causará gran pesar al caballero. Su primera victoria sobre el Caballero Bermejo, del que heredará armas y caballo como trofeo, la logra por su habilidad para lanzar venablos, con uno de los cuales le mata atravesándole el yelmo por el ojo. El episodio más importante del relato tiene lugar en el palacio del Rey Pescador o Rey Tullido, en el que desfilan ante él un paje con una lanza que sangra, otros pajes con unos candelabros, una doncella con un grial que reluce más que los mismos candelabros y otra con un plato o patena, sobre los cuales Perceval no se atreve a preguntar nada para no mostrar su rusticidad o ignorancia; y es precisamente esa abstención de preguntar lo que está en la base de la desdicha de su linaje, pues el Rey del Grial, padre del Rey Pescador y hermano de la madre de Perceval, que sobrevive sólo con el alimento de la ostia consagrada que cada día le ofrecen en el grial, habría recobrado su salud y riqueza si el joven hubiera hecho esas preguntas.

Las aventuras de Perceval, por florestas y castillos, siempre vencedor de otros caballeros y con tratos amorosos más o menos corteses con doncellas, tiene un momento culminante literario y poético de gran influencia posterior en un episodio en el que el joven caballero se queda ensimismado ante tres gotas de sangre sobre la nieve que le recuerdan el

rubor de su amada Blancaflor. El episodio tiene lugar en el momento en el que el rey Artús deja su palacio y sale al campo en busca de Perceval, pues quiere conocerle, tras hacer un juramento: “No dormiré dos noches seguidas en cámara ni en sala hasta que sepa si vive en mar o en tierra, y partiré para ir en su busca”.

He aquí un fragmento sobre ese episodio famoso de la sangre sobre la nieve, con el rey Artús en busca del caballero Perceval:

“Por la noche acamparon en un prado cercano a una floresta.
A la mañana siguiente nevó mucho y toda la comarca estaba muy fría.
Perceval se levantó de madrugada, como solía, porque quería
buscar y encontrar aventura y caballería; y se encaminó al prado,
helado y nevado, donde había acampado la hueste del rey.

Pero antes de que llegara a las tiendas, volaba una bandada de ocas
que la nieve había deslumbrado. Las vio y oyó cómo iban chillando
a causa de un halcón que venía acosándolas con gran ímpetu,
hasta que encontró a una separada de la bandada, a la que atacó y acometió
de tal modo que la derribó en tierra; pero era tan de mañana que se fue
sin querer ensañarse en la presa. Perceval aguija hacia donde ha visto el vuelo.
La oca había sido herida en el cuello, y derramó tres gotas de sangre
que se esparcieron sobre lo blanco, y pareció color natural.
La oca no sentía mal ni dolor que la retuviera en tierra,
y, antes de que él llegara, ya había reemprendido el vuelo.

Cuando Perceval vio hollada la nieve sobre la cual había descansado la oca,
y la sangre que aparecía alrededor, se apoyó en la lanza para contemplar
aquella apariencia; pues la sangre y la nieve juntas le rememoran
el fresco color de la faz de su amiga, y se ensimisma tanto que se olvida;
porque en su rostro lo rojo estaba colocado sobre lo blanco
igual que aquellas tres gotas de sangre que aparecían sobre la nieve.
Y la contemplación en que estaba sumido le placía tanto porque le parecía
que estaba viendo el joven color de la faz de su hermosa amiga.

Perceval se absorbe en la contemplación de las tres gotas,
en lo que empleó las primeras horas de la mañana,
hasta que de las tiendas salieron escuderos que lo vieron absorto
y se creyeron que dormitaba...”

Perceval venció al caballero Sagremor el Desmesurado, que había ido a pedirle
que acudiera ante el rey, y luego al senescal Keu, asimismo enviado por el rey a
buscarle, antes de ensimismarse de nuevo, apoyado en su lanza, sobre las tres
gotas de sangre. Cuando “el sol ya había derretido dos de las gotas de sangre que
estaban en la nieve y la tercera iba borrándose, el caballero ya no estaba tan
absorto como antes”; y fue entonces cuando el tercer enviado a buscarle, el
sobrino del rey Artús, el caballero Gauvin, con toda amabilidad, consiguió que
Perceval fuera ante la presencia del rey y la reina le saludara con un gran elogio:

“Vos seáis el bien hallado, como caballero experimentado en altas y bellas empresas”.

A partir de este episodio es el caballero Gauvain, sobrino del rey Artús, el que va a protagonizar los episodios caballerescos que siguen, en opinión de Martín de Riquer porque los copistas o editores posteriores a Chrétien de Troyes unificaron dos fragmentos diferentes de sus últimos textos inacabados e intentaron darles una unidad textual que es la que llegó a nosotros como el cuento del grial. En los episodios que siguen hay deliciosos cuadros y fragmentos, como el de la Doncella de las Mangas Pequeñas o el del Castillo de las Reinas, con detalles de gran plasticidad sobre aquella realidad medieval caballeresca. Por ejemplo, el sentido que tiene para una dama el que su caballero enamorado se esfuerce por su amor. Cuando le solicita su amor el caballero Meliant de Liz a la hija de su protector, ésta le contesta:

“Ello no será en modo alguno, a fe mía, hasta que, delante de mí, hayáis hecho tantas armas y justado tanto que mi amor os cueste caro; porque las cosas que se adquieren de balde no son tan dulces y sabrosas como las que se compran. Si queréis tener mi amor, concertad un torneo con mi padre, porque quiero asegurarme bien de que mi amor estará bien colocado si lo pongo en vos”.

Muy plástica es, también, la sospecha lanzada sobre alguien como falso caballero:

“Lleva consigo lanzas y escudos y conduce caballos para parecer caballero y así defraudar en los impuestos, pues de esta suerte se finge exento cuando viaja con sus mercaderías”.

O la generosidad del modélico caballero Gauvain, a quien el autor llama siempre “mi señor Gauvain”, con el botín de sus victorias caballerescas, sobre todo los caballos de los caballeros vencidos. Nada más vencer al más famoso de ellos, Meliant de Liz, “tiende la mano hacia su caballo, lo agarra del freno, lo entrega a un paje y le dice que vaya con él a aquella por la cual tornea y le diga que le envía el primer botín que ha ganado aquel día, porque quiere que sea para ella”. Ante el agradecimiento de su dama, que le miraba desde un balcón del castillo, el caballero Gauvain se anima y sigue con su reparto del botín entre las damas, entre ellas las de su protector y amigo vavasor o notable que le albergaba en su casa:

“Nunca había tenido tanta ansia de ganar corceles. Cuatro, que ganó con su esfuerzo, ofreció aquel día: el primero lo ofreció a la doncella pequeña; con el segundo correspondió a las atenciones de la mujer del vavasor, a quien le complació mucho; y las dos hijas de éste tuvieron el tercero y el cuarto.”

El caballo del caballero vencido, tal el automóvil de alta gama hoy, sin duda, como el botín máspreciado en un combate, y sin duda caro.

EL CABALLO DE GAUVAIN, GRAN NADADOR

No podía faltar, en un texto excepcional y bello como estos clásicos caballerescos, el milagro del Nadador. Ante el reto de una dama maligna que busca su mal, el caballero Gauvain buscará un mérito más para su fama. El reto es sencillo: “Es este el Vado Peligroso, que nadie, si no es muy valiente, osa pasar por nada del mundo”. Y su respuesta es inmediata:

“Entonces mi señor Gauvain empuja su caballo hasta la orilla, y ve abajo el agua muy profunda y la orilla muy escarpada, pero el cauce del río era angosto. Cuando mi señor Gauvain lo ve, piensa que su caballo había saltado zanjas mayores, y recuerda que había oído decir y contar en muchas ocasiones que el que pudiera pasar el agua profunda del Vado Peligroso alcanzaría el mayor mérito del mundo.

Se aleja entonces de la orilla, y luego vuelve hacia ella a galope tendido para saltar al otro lado, pero no tomó bien el salto y cayó en medio del vado. El caballo se puso a nadar hasta tomar tierra con los cuatro pies, y se esforzó tanto en saltar que logró alcanzar la otra orilla, que era muy alta. Una vez allí, se quedó quieto y tranquilo, sin poder moverse más; y entonces mi señor Gauvain se vio precisado a desmontar porque notaba que su caballo estaba muy débil. Desmonta en seguida con intención de quitarle la silla; lo hace y la invierte para que se enjugue. Cuando le quitó el penacho, le secó el agua del dorso, de los costados y de las patas.

Luego lo ensilla, monta y se va al paso, hasta que vio a un caballero que estaba solo cazando con un gavián, y delante de él corrían por el prado dos perritos de caza...”

Y sigue la acción y las nuevas aventuras del caballero Gauvain y su caballo, gran nadador.

Un mundo medieval caballeresco, obsesivamente cristianizado en estos relatos, pero que en el fondo sigue presidido por la diosa Fortuna, como le dice a Perceval la Fea Doncella de la mula leonada, en una suerte de maldición:

“-¡Ay, Perceval! Fortuna es calva por detrás, y delante tiene un mechón. Maldito sea quien te salude y quien te desee y procure algún bien, pues no acogiste a Fortuna cuando la encontraste. Entraste en casa del Rey Pescador y viste la lanza que sangra, y te fue tan penoso abrir la boca y hablar que no pudiste preguntar porqué brota aquella gota de sangre de la punta del hierro blanco; tampoco preguntaste ni indagaste a qué prohombre se servía con el grial que tú viste. Muy desdichado es el que ve la ocasión que más le conviene y aún espera que venga otra mejor. Tú eres el desdichado, porque tuviste ocasión y lugar de hablar y te callaste; fue tu gran oportunidad. Gran desgracia fue que te callaras, pues si hubieses preguntado, el rico rey, que ahora languidece,

estaría ya completamente curado de su herida y poseería su tierra en paz, lo que ya no conseguirá nunca. ¿Y sabes tú qué ocurrirá debido a que el rey no posea la tierra y no sea curado de sus heridas?

Las damas perderán a sus maridos, las tierras serán devastadas, las doncellas, desamparadas, quedarán huérfanas y morirán muchos caballeros. Todos estos males vendrán por tu culpa.”

